

señor é mi hermano, con quien aquí todos somos en este socorro de Oriana.»

Cuando ella esto oyó levantóse á él con gran placer é dijo: «Buen señor Amadís, si vos no recibí como debía, no me culpeis, que ei no tener conocimiento de vos fué la causa, é mucho agradezco á Dios que en esta tanta tribulación me haya puesto en la vuestra mesura, y en la guarda é mamparo de don Florestan.» Amadís la tomó por la otra mano, é lleváronla al estrado de Oriana, é allí la hicieron sentar, y él se asentó con Mabilia, su prima, que mucho deseo tenía de la hablar; mas en todo esto la reina Sardamira, como quiera que sopiese ser la flota de los romanos vencida é destrozada, é la gente muchos muertos é otros presos, aun no habia venido á su noticia la muerte del príncipe Salustanquidio, á quien ella de bueno y leal amor mucho amaba, é tenía por el mas principal é grande de todos los del señorío de Roma, ni lo sopo de su gran pieza. Estando así sentados como ois, Oriana dijo á la reina Sardamira: «Reina, señora, hasta aquí fui yo enojada de vuestras palabras que al comienzo me dejistes, porque eran dichas sobre cosa que tan aborrecida tenía; mas conociendo cómo vos dellas partistes, é la mesura é cortesía vuestra en todo lo otro que por vos pasa, dígoos que siempre os amaré é honraré é acataré de todo corazón, porque á lo que á mí pesaba érades constreñida, sin poder hacer otra cosa, é lo que me daba contentamiento manaba é sucedía de vuestra noble condicion é propia virtud.—Señora, dijo ella, pues que tal es vuestro conocimiento, excusado será hacer yo dello mas salva.» En esto hablando, llegó Agrájes con Olinda é las doncellas que con ellas se habian apartado. Cuando Oriana la vió levantóse á ella, é abrazábala como si mucho tiempo pasara que no la viera, y ella le besaba las manos; é volviéndose á Agrájes, lo abrazó con gran amor, é así recibió á todos los caballeros que con él venían, é dijo contra Gavarte de Val Temeroso: «Mi amigo Gavarte, bien vos lo quitastes de la promesa que me distes, é como vos lo yo agradezco y el deseo que tengo de lo galardonar el Señor del mundo lo sabe.—Señora, dijo él, yo he fecho lo que debía, como vuestro vasallo que soy; é vos, señora, como mi señora natural, cuando tiempo fuere, acuérdeseos de mí, que siempre seré en vuestro servicio.» A esta sazón eran allí juntos todos los mas honrados caballeros de aquella compañía, los cuales á un cabo de la nao se apartaron por hablar qué consejo tomarían, é Oriana llamó á Amadís á un cabo del estrado, é muy paso le dijo: «Mi verdadero amigo, yo vos ruego é mando por aquel verdadero amor que me tenéis, que agora mas que nunca se guarde el secreto de nuestros amores, é no fableis conmigo apartadamente, sino ante todos, é lo que vos pluguiere decirme secreto fablado con Mabilia, é punad cómo de aquí nos llevéis á la ínsola Firme, porque estando en logar seguro, Dios proveerá en mis cosas, como él sabe que tengo la justicia.—Señora, dijo Amadís, yo no vivo sino en esperanza de vos servir, é si esta me faltase, faltarme-hi-a la vida, é como lo mandais se fará; y en esta ida de la ínsola bien será que con Mabilia lo envieis á de-

cir á estos caballeros, porque parezca que mas de vuestra gana é voluntad que de la mia procede.—Así lo faré, dijo ella, é bien me parece; agora vos id, dijo, á aquellos caballeros.» Amadís así lo fizo, é fablaron en lo que adelante se debe hacer. Mas como eran muchos, los acuerdos eran diversos; que á los unos parecia que debían llevar á Oriana á la ínsola Firme, otros á Gaula é otros á Escocia, á la tierra de Agrájes; así que, no se acordaban.

En esto llegó la infanta Mabilia, é cuatro doncellas con ella. Todos la recibieron muy bien é la posieron entre sí, y ella les dijo: «Señores, Oriana vos ruega por vuestras bondades é por el amor que en este socorro le habeis mostrado que la lleveis á la ínsola Firme, que allí quiere estar fasta que sea en el amor de su padre é madre; é ruégaos, señores, que á tan buen comienzo deis el cabo, mirando su gran fortuna é fuerza que se le face, é fagais por ella lo que por las otras doncellas facer soleis, que no son de tan alta guisa.—Mi buena señora, dijo don Cuadragante, el bueno é muy esforzado de Amadís é todos los caballeros que en su socorro hemos sido estamos de voluntad de le servir fasta la muerte, así con nuestras personas como con las de nuestros parientes é amigos, que mucho pueden é muchos serán, é todos serémos juntos en su defensa contra su padre é contra el emperador de Roma, si á la razon é justicia no se allegaren con ella; é decilde que si Dios quisiere, que así como dicho tengo se hará sin falta, é así lo tenga firme en su pensamiento, é ayudándonos Dios, por nosotros no faltará; et si con deliberacion y esfuerzo este servicio se le ha fecho, que así con otro mayor é mejor acuerdo será por nos sostenido fasta que su seguridad é nuestras honras satisfechas sean.»

Todos aquellos caballeros tovieron por bien aquello que don Cuadragante respondió, é con mucho esfuerzo otorgaron que desta demanda nunca serian partidos fasta que Oriana en su libertad é señoríos restituida fuese, siendo cierta y segura de los haber, si ella mas que su padre é madre la vida poseyese. La infanta Mabilia se despidió dellos y se fué á Oriana, é por ella sabida la respuesta y recaudo que de su mensaje le traía, fué muy consolada, creyendo que la permission del justo Juez lo guiaría de forma que la fin fuese la que ella deseaba. Con este acuerdo se fueron aquellos caballeros á sus naves por mandar poner reparo en los presos y despojo, que muchos eran; y dejaron con Oriana todas sus doncellas, é á la reina Sardamira con las suyas; é á don Bruneo de Bonamar, é Landin de Fajarque, é á don Gordan (1), hermano de Angriote de Estravaus, é á Sarquilles, su sobrino, é Orlandin, hijo del conde de Irlanda, é á Enil, que andaba llagado de tres llagas, las cuales él encobria como aquel que era esforzado é sofridor de todo afán. A estos caballeros fué encomendada la guarda de Oriana é de aquellas señoras de gran guisa que con ella eran, y que se no partiesen della fasta que en la ínsola Firme puestas fuesen, donde tenían acordado de las llevar.

(1) Quizá el mismo llamado Grovadan á la pág. 498.

SUMARIO DEL CUARTO LIBRO DEL VENTUROSO CABALLERO AMADÍS DE GAULA,

EN QUE TRATA

DE SUS PROEZAS É GRANDES FECHOS EN ARMAS QUE ÉL É OTROS CABALLEROS DE SU LINAJE FICIERON (1).

CAPITULO PRIMERO.

Del grande duelo que fizo la reina Sardamira por la muerte del príncipe Salustanquidio.

Contado vos ha la parte tercera desta gran historia, en el fin é cabo della, cómo el rey Lisuarte, contra la voluntad de todos los grandes y pequeños de sus reinos é de otros muchos que su servicio deseaban, entregó á los romanos á su hija Oriana para la casa del Patin, emperador de Roma, é cómo fué el Amadís é sus compañeros, que en la ínsola Firme juntos se fallaron, en la mar tomada é muerto el príncipe Salustanquidio, é presos Brondajel de Roca, mayordomo mayor del Emperador, y el duque de Ancona y el arzobispo de Talancia, é otros muchos de los suyos muertos, y presa y destrozada toda la flota en que la llevaban; é agora vos dirémos lo que desto sucedió. Sabeis que, vencida esta gran batalla, Amadís con otros caballeros de su parte, dejando á Oriana é á la reina Sardamira é á todas las otras dueñas é doncellas que con

(1) Aquí la edicion de Venecia del año 1533 trae un largo epigrafe, añadido por Francisco Delicado, natural de la Peña de Martos y vicario del valle de la Cabeznela, que fué el corrector de la impresion. Dice así: «En el qual libro cuarto os serán contadas cosas muy sabrosas de leer y entender, con un orden muy maravilloso y muy deleitoso á los lectores, que con su dulce estilo los incitará á leerlo y tornarlo á leer. Enseña asimismo á los caballeros el verdadero arte de caballería, á los mancebos á seguirla, á los ancianos á defenderla. Otrosí aquí está encerrado el arte del derecho amor, la lealtad y cortesía que con las damas se ha de usar, las defensas y derechos que á las dueñas los caballeros les deben de razon, las fatigas y trabajos que por las doncellas se han de pasar; así que, cuanto los caballeros y hombres buenos, condes, duques y marqueses, reyes, soldanes y emperadores deben ser obligados á las mujeres. Aquí, por enjemplo, el muy sabido componedor de la sobredicha historia lo enseña, el qual maravillosamente cada cosa en su lugar y á tiempo contó. Y destas tales historias no se notan salvo el arte del componer y aplicar las semejantes cosas á las virtudes, que esto es lo que de aquí se ha de sacar; conviene á saber: tomar por enjemplo el modo, la virtud y bondad que de Amadís se cuenta, y de los otros muy valientes caballeros, para por aquel camino seguir; y si lo que de los sobredichos no fué verdad, hacer cada uno que lo que él hiciere sea verdadero por dar ocasion á los coronistas que dél puedan escribir el verdadero efeto, porque digo yo, á mi parecer, que la historia de Amadís puede ser apropiada á todo buen caballero, porque dice el sagrado Evangelio que no quien hiciere la ley, sino quien la ficiere y la enseñare á hacer. ¡Oh glorioso dicho, especialmente para los caballeros de quien aquí se trata! Porque el arte de la caballería es muy alto, y el altísimo y soberano Señor la constituyó para que fuese guardada la justicia y la paz entre los hijos de los hombres, y para conservar la verdad, y dar á cada uno lo suyo con derecho. Así que, todos estos frutos sacarás de esta tan alta historia, la qual el Delicado, que fué corrector de la impresion, tanto le pareció divina como humana, por ser con tanta razon ordenada.

LC.

ella estaban en su nao, é ciertos caballeros que las guardasen, entraron en otra nave é fueron á mandar poner recaudo en la flota de los romanos y en el despojo, que muy grande era, é los presos, que, demás de ser muchos, la mayor parte eran de gran valor; que tales convenia enviar en semejante embajada. Y llegados á la fusta donde el príncipe Salustanquidio muerto estaba, oyeron grandes voces é llantos, é sabida la causa dello, era, que los suyos, así caballeros como otra gente, estaban á rededor dél, haciendo el mayor duelo del mundo, contando sus bondades é grandeza; así que, los de Agrájes, que la fusta ocupada tenían, no los podian quitar ni apartar de allí. Amadís mandó que á otra nave los pasasen, porque cesase el duelo que hacian, é mandó poner el cuerpo de Salustanquidio en una arca para le hacer dar la sepultura que á tal señor convenia, como quiera que enemigo fuese, pues que como bueno moriera en servicio de su señor; y esta fué la causa que así dél como de los otros que vivos quedaron hobieron compasion, mandando expresamente que la vida les fuese dada; lo cual en los virtuosos caballeros acaecer debe, que apartada la ira é la saña, la razon quedando libre de conocimiento al juicio que siga la virtud. El murmullo de este llanto fué tan grande, que la nueva llegó á la nao donde Oriana estaba, como aquella gente hacian aquel duelo por aquel príncipe, de guisa que por la reina Sardamira fué sabido; aunque hasta entonces sopiese, é por sus ojos hobiese visto ser toda la flota de su parte destruida, é muchos muertos y presos, no habia llegado á su noticia la muerte de aquel caballero. E como lo oyó, salió, con el gran pesar, de todo su sentido, é olvidando el miedo é gran temor que fasta allí toviera, deseando mas la muerte que la vida, con mucha pasion y gran alteracion, torciendo sus manos una con otra, llorando muy fuertemente, se dejó caer en el suelo, diciendo estas palabras: «¡Oh príncipe generoso, de muy alto linaje, luz y espejo de todo el imperio romano! ¡qué dolor y pesar será la tu muerte á muchos é muchas que te amaban y servían, y de tí esperaban grandes bienes y mercedes! Oh qué nueva tan dolorida será para ellos cuando sopieren la tu malaventurada y desastrada fin! Oh gran emperador de Roma, qué angustia y dolor habrás en saber la muerte deste príncipe, tu primo, á quien tanto tú amabas y le tenias como un fuerte escudo de tu imperio, é la destruicion de tu flota, con muertes tan amancilladas de tus nobles caballeros! E sobre todo, haberte tomado por fuerza de armas en tan gran deshonra tuya la cosa en

18

el mundo que mas amabas y deseabas. Bien puedes decir que si la fortuna de un caballero andante que las aventuras seguia, y de tan pequeño estado te ensalzó á te poner en tan alta cumbre como es la silla é cetro é corona imperial, que con duro azote quiso abajar tu honra hasta la poner en el abismo é centro de la tierra, que deste tal golpe no se te puede seguir sino uno de dos extremos: ó disimular, quedando el mas deshonrado príncipe del mundo; ó lo vengar, poniendo tu persona é gran estado en mucha congoja é fatiga de espíritu, é al cabo tener dello la salida muy dudosa; que por cierto en lo que yo he visto despues que en la Gran Bretaña mi desastrada ventura me trajo, no hay en el mundo tan alto emperador ni rey á quien estos caballeros é los de su linaje, que muchos é poderosos son, no dén guerra é batalla, é creído tengo, como quiera que dellos tanto mal y dolor me ha venido, ser la flor de toda la caballería del mundo; y mas llora ya mi afligido corazon los vivos é los muertos que desta desventura adelante se esperan, que los muertos, que ya su deuda han pagado.»

Oriana, que así la vió, hobo della piedad, porque la tenia por muy cuerda é de buen talante; sino la primera vez que la fabló en el hecho del Emperador, de que ella hobo gran enojo, y le rogó que en ello mas no le fablase, siempre la falló con mucho comedimiento, é como persona de gran discrecion para la nunca mas enojar, antes diciéndole cosas con que placer le diese; é llamó á Mabilia é díjole: «Mi amiga, poned remedio en aquel llanto de la Reina, é consolalda como vos lo sabeis hacer, é no mireis á cosa que diga ni haga, porque, como veis, está casi fuera de sentido, teniendo mucha razon de se quejar; mas á lo que yo soy obligada é á lo que debe hacer el vencedor al vencido teniéndolo en su poder.» Mabilia, que era de muy gentil gracia, llegó á la Reina, é fincando los hinojos, tomándola por las manos, le dijo: «Noble Reina y señora, no conviene á persona de tan alto linaje como vos así se vencer é sojuzgar de la fortuna; que aunque todas las mujeres naturalmente seamos de flaca complixion é corazon, mucho bien parece en los antiguos ejemplos de aquellas que con fuertes ánimos quisieron pagar la deuda á sus antecesores, mostrando en las cosas adversas la nobleza del linaje é sangre donde vienen; é como quiera que agora sintais este gran golpe de la contraria fortuna vuestra, acuérdeseos que ella mesma vos puso en gran honra é alteza, no para que mas tiempo dello gozar podiédeses de cuanto la su movable voluntad vos otorgase, y que mas á su cargo é culpa que vuestra la habeis perdido, porque siempre le plago é place de trabucar y ensayar estos semejantes juegos, é con esto debeis mirar que sois en poder desta noble princesa, que con mucho amor é voluntad que os tiene se duele de vuestra pasión, teniendo en la memoria de os hacer aquella compañía é cortesía que vuestra virtud y real estado demanda.» La Reina le dijo: «Oh muy noble é graciosa infanta! aunque la discrecion de vuestras palabras es de tanta virtud, que á todo de consuelo consolar podrian, por grande que él fuese, la mi desastrada suerte es en tanto grado, que mis apasionados é flacos espíritus no la pueden sufrir, é si alguna esperanza

para esta tan gran desesperacion á la memoria me ocurre, no es otra sino verme, como decís, en poder desta tan alta é noble señora, que por su gran virtud no consentirá que mi estima é fama sea menoscabada, porque este es el mayor tesoro que toda mujer mas guardar debe é haber temor de lo perder.» Entonces la infanta Mabilia con grandes promesas la hizo cierta y segura que así como ella lo queria, Oriana lo mandaria cumplir; y levantándola por las manos, la hizo sentar en un estrado, donde muchas de aquellas señoras que allí estaban le vinieron á hacer compañía.

CAPITULO II.

Cómo con acuerdo é mandamiento de la princesa Oriana aquellos caballeros la llevaron á la insola Firme.

Despues que Amadís é aquellos caballeros salieron de la fusta de Salustanquidio, é vieron cómo la flota toda de los romanos era en poder de los suyos sin ninguna contradiccion, juntáronse todos en la nave de don Florestán é hobieron su acuerdo; que pues el querer de Oriana é parecer dellos era que se fuesen á la insola Firme, que sería bueno ponerlo luego por obra; é mandaron poner todos los presos en una fusta, y que Gavarte de Val Temeroso, é Landin, sobrino de don Cuadrante, con copia de caballeros los guardasen é posesen á recaudo; y en otra nave mandaron poner el despojo, que muy grande era, é lo guardasen don Gandáles, amo de Amadís, é Sadamon, que dos muy cuerdos é fieles caballeros eran; y en todas las otras naves repartieron gente de armas é marineros para que las guiasen, y ellos se quedaron cada uno en las suyas, así como de la insola Firme salieron. Esto aparejado, rogaron á don Bruneo de Bonamar é á Angriote de Estravaus que lo ficiesen saber á Oriana, y les trujesen su querer de lo que mandaba, porque así se compliese. Estos dos caballeros entraron en una barca é pasaron á la nave donde ella estaba, y entraron en su cámara, é fincaron los hinojos ante ella é dijéronle: «Buena señora, todos los caballeros que aquí son ayuntados en vuestro acorro para seguir vuestro servicio, os facen saber cómo toda la flota es aparejada y en disposicion de mover de aquí, quieren saber vuestra voluntad, porque aquella complirán con toda aficion.» Oriana les dijo: «Mis grandes amigos, si este amor que todos me mostrais, é á lo que por mí os habeis puesto, yo en algun tiempo no hobiese lugar de galardarlo, desde agora desesperaria de mi vida; mas yo tengo fiducia en nuestro Señor que por la su merced querrá, así como en la voluntad lo tengo, por obra lo pueda cumplir. Y decid á esos nobles caballeros que el acuerdo que sobre eso se tomó se debe poner en obra, que es ir á la insola Firme, é allí llegados, tomarse ha consejo de lo que se debe hacer; que esperanza tengo en Dios, que es el justo juez y conoce todas las cosas, que esto que agora parece en tanta rotura, lo guiará é reducirá en mucha honra é placer, porque de las cosas justas y verdaderas, como esta lo es, aunque el comienzo se muestra áspero é trabajoso como al presente parece, de la fin no se debe esperar sino buen fruto, y de las contrarias aquello que la falsedad y deslealtad suele dar.» Con esta respuesta

se tornaron estos dos caballeros; é sabida por aquellos que la esperaban, mandaron tocar las trompetas, de las cuales la flota muy guarnida estaba, é con mucha alegría é gran grito de la mas baja gente, de allí movieron. Todos aquellos grandes señores é caballeros iban muy alegres é con gran esfuerzo, é puesto en sus voluntades de no se partir de consuno ni de aquella princesa fasta dar cabo é buena cima en aquello que comenzado habian. E como todos fuesen de gran linaje y en gran fecho de armas, creciales el esfuerzo é razones en saber el gran derecho que de su parte tenían, y por se ver en discordia con dos tan altos príncipes, donde no esperaban sino ganar mucha honra, como quiera que las cosas prósperas ó adversas les viniesen, y que ellos farian en esta demanda, si en rotura parase, casos de grandes hazañas, donde para siempre loados fuesen, y en el mundo dellos quedase perpétua memoria; é como iban todos armados de armas muy ricas, y eran muchos, aun á los que de sus grandezas é grandes proezas noticia no hobiesen, les parecia una compañía de un gran emperador, é por cierto así era él, que á duro se podrian fallar en ninguna parte de príncipe, por grande que fuese; tantos caballeros juntos de tal linaje y de tanto valor.

Pues ¿qué se puede aquí decir, sino que tú, rey Lisuarte, debieras pensar que de infante desheredado la ventura te habia puesto en tan grandes reinos y señorios, dándote seso, esfuerzo, virtud, templanza, y la preciosa franqueza mas complidamente que á ninguno de los mortales que en tu tiempo fuese; é por te poner la diadema ó corona preciosa, hacerte señor de tal caballería, por la cual en todas las partes del mundo eras preciado y en gran estima tenido; y no se sabe si por la misma ventura ser tornada en desventura ó por tu mal conocimiento lo has perdido, recibiendo tan gran revés en tu gran estima é honrada fama; que la satisfaccion desto en la mano de Dios es para te la dar ó quitar; pero, la mi fe, antes entiendo que para que con ella vivas lastimado y menoscabado de aquella alteza en que puesto estabas, que tanto mas lo sentirás cuanto mas los tiempos prósperos hobiste sin ninguna contradiccion que te mucho doliese; é si desto tal te quejares, quejate de tí mesmo, que quisiste sojuzgar las orejas á hombres de poca virtud y menos verdad, creyendo antes lo que dellos oiste que lo que tú con tus propios ojos vias; é junto con esto, sin ninguna piedad é conciencia diste tanto lugar á tu albedrío, que no emprimiendo en tu corazon los amonestamientos que muchos te hicieron, ni los doloridos llantos de tu hija, la quisiste poner en destierro y en toda tribulacion, habiéndola Dios adornado de tanta fermosura, de tanta nobleza é virtud sobre todas las de su tiempo; é si en algo de su honra se puede trabar, segun su bondad y sano pensamiento é la fin que dello redundó, mas se debe atribuir á permission de Dios, que lo quiso y fué su voluntad, que á otro yerro ni pecado. Así que, si la fortuna, volviendo la rueda, te fuere contraria, tú la desataste donde ligada estaba.

Pues tornando al propósito, así como ois fué la flota navegando por la mar, é á los siete dias amanescieron en el puerto de la insola Firme, donde, en señal de

alegría, fueron tirados muchos tiros de lombardas. Cuando los de la insola vieron allí arribadas tantas fustas fueron maravillados, é todos con sus armas ocurrieron á la mar; mas desque llegados conocieron ser de su señor Amadís, por los pendones y devisas que en las gavias traian, que eran los mismos que de allí habian llevado, é luego echando los bateles, salió gente, é don Gandáles con ellos, así para facer el aposentamiento como para que de barcas se ficiese una puente desde la tierra fasta las fustas, por donde Oriana é aquellos señores salir podiesen.

CAPITULO III.

Cómo la infanta Grasinda, sabida la vitoria que Amadís hobiera, se atavió, acompañada de muchos caballeros é damas, para salir á recibir á Oriana.

Destos que vos digo, la muy hermosa Grasinda, que allí habia quedado, sopó la venida é todas las cosas como pasaron, é luego con mucha diligencia se aparejó para rescebir á Oriana, que por las grandes nuevas que della sonaban por todas partes deseaba mucho ver, mas que á persona que en el mundo fuese. E así, como dueña de gran guisa é muy rica que ella era se quiso mostrar, que luego se vistió saya é cota con rosas de oro sembradas, puestas por extraña arte, guarnidas y cercadas de perlas é piedras preciosas de gran valor, que fasta entonces no lo habia vestido ni mostrado á persona, porque lo tenia para se probar en la cámara defendida, como despues lo fizo; y encima de sus fermosos cabellos no quiso poner, salvo la corona, que muy rica era, que por su fermosura é gran bondad del caballero Griego habia ganado de todas las doncellas que á la sazón en la corte del rey Lisuarte se hallaron, con mucha vitoria del uno y del otro; é cabalgó en un palafren blanco, guarnido de silla y freno, é las otras guarniciones, todo cubierto de oro esmaltado de labores fechas por gran arte; que esto tenia ella para que si su ventura la dejase acabar aquella aventura de la cámara defendida, de se tornar para la corte del rey Lisuarte con estos ricos é grandes atavíos, y se hacer conocer con la reina Brisena é con Oriana, su hija, é con las otras infantas, é dueñas é doncellas, é con gran gloria se volver á su tierra. Mas esto tenia, y estaba muy alejado de lo acabar como lo cuidaba, porque aunque ella muy guarnida y hermosa al parecer de muchos fuese, é mucho mas al suyo, no se igualaba, con gran parte, con la muy hermosa reina Briolanja, que ya aquella aventura probado habia, sin la poder acabar. Pues con este gran atavío que ois que esta señora Grasinda llevaba, movió de su pasada, é con ella sus dueñas é doncellas ricamente vestidas, é diez caballeros suyos á pié, que de las riendas la llevaban, sin otro alguno á ella llegar. E así fué á la ribera de la mar, donde con mucha priesa se habia acabado de facer la puente que ya oistes, hasta la nave donde Oriana venia, é allí llegada, estuvo queda á la entrada de la puente, esperando la salida de Oriana, la cual estaba ya aparejada, é todos aquellos caballeros pasados á su fusta para la acompañar, y vestida mas conveniente á su fortuna é honestidad á ella conforme, que en acrecentamiento de su fermosura, vió esta dueña, é preguntó á don Bruneo si era aquella la due-

ña que viniera á la corte del Rey su padre y ganara la corona de las doncellas. Don Bruneo le dijo que aquella era, y que la honrase é allegase, que era una de las buenas dueñas del mundo de su manera. E contó mucho de su fecho y de las grandes honras que della Amadís é Angriote y él habían recibido. Oriana le dijo: «Mucha razon es que vosotros y vuestros amigos la honren é amen mucho, é yo así lo faré.»

Entonces la tomaron por los brazos don Cuadragante é Agrájes, é á la reina Sardamira don Florestan é Angriote, é á Mabilia Amadís solo, é á Olinda don Bruneo é Dragonis, é á las otras infantas é dueñas otros caballeros, é todos venian armados é muy alegres, riendo por las esfuerzas é dar placer. Así como Oriana llegó cerca de tierra, Grasinda se apeó del palafren é fincó las rodillas al cabo de la puente, é tomóle las manos para gelas besar; mas Oriana las tiró á sí, é no gelas quiso dar, antes la abrazó con mucho amor, como aquella que por costumbre tenia de ser muy honrada é graciosa con quien lo debía ser. Grasinda, como tan cerca la vió, é miró la su gran fermosura, fué muy espantada, aunque mucho gela habían loado; segun la diferencia por la vista hallaba, no podiera creer que persona mortal podiese alcanzar tan gran belleza; é así como estaba de hinojos, que nunca Oriana la pudo hacer levantar, le dijo: «Agora, mi buena señora, con mucha razon debo dar muchas gracias á nuestro Señor y le servir la gran merced que me fizo en no estar vos en la corte del Rey vuestro padre á la sazón que yo á ella vine; porque ciertamente, aunque en mi guarda é amparo traia el mejor caballero del mundo, segun mi demanda ser por razon de hermosura, digo que él se podiera ver en gran peligro si en las armas ayuda Dios al derecho, é como se dice, yo fuera en aventura de ganar la honra que gané, que, segun la gran extremidad y ventaja tiene vuestra hermosura á la mia, no toviera en mucho, aunque el caballero que por vos se combatiera fuera muy flaco, é mi demanda no hobiera la fin que hobo.» Entonces miró contra Amadís é díjole: «Señor, si desto que he dicho recibis injuria, perdonadme, porque mis ojos nunca vieron lo semejante que delante sí tienen.» Amadís, que muy ledo estaba porque así loaban á su señora, dijo: «Mi noble señora, á gran sinrazón ternia haber por mal lo que á esta señora habeis dicho, que si dello me quejase, sería contra la mayor verdad que nunca se pudo decir.» Oriana, que algun tanto con vergüenza estaba de así se oír loar, é mas con pensamiento de la fortuna que á la sazón tenia que de se preciar de su fermosura, respondía: «Mi señora, no quiero responder á lo que me habeis dicho, porque si lo contradijese erraria contra persona de tan buen conocimiento, é si lo afirmase sería gran vergüenza y de nuestro para mí; solamente quiero que sepais que tal cual yo soy será muy contenta de acrescentar vuestra honra, así como lo puede facer una doncella pobre desheredada como yo soy.» Entonces rogó á Agrájes que la tomase é la posiese cabe Olinda é la acompañasen, y ella quedó con don Cuadragante, y él así lo fizo. E salidos todos de la puente, posieron á Oriana en un palafren el mas ricamente guarnido que nunca se vió, que su madre la reina Brisena le habia dado para cuan-

do en Roma entrase, é la reina Sardamira en otro, é así á todas las otras, é Grasinda en el suyo. E por mucho que Oriana porfió, nunca pudo excusar ni quitar á todos aquellos señores é caballeros que á pié no fuesen con ella, de lo cual mucho empacho llevaba; pero ellos consideraban que toda la honra y servicio que le ficiesen, á ellos en loor suyo se tornaba.

Así como ois entraron en la ínsola por el castillo, y llevaron aquellas señoras con Oriana á la Torre de la huerta, donde don Gandáles les habia fecho aparejar sus aposentamientos, que era la mas principal cosa de toda la ínsola, que aunque en muchas partes della hobiese casas ricas y de grandes labores, aquella torre donde Apolidon habia dejado los encantamientos que en la parte segunda mas largo lo recuenta, era la su principal morada, donde mas continuo su estancia era, é por esta causa obró en ella tantas cosas y de tanta riqueza, que el mayor emperador del mundo no se atreveria ni emprenderia á otra semejante facer. Habia en ella nueve aposentamientos de tres en tres á la par, unos encima de otros, cada uno de su manera, é aunque algunos dellos fuesen fechos por ingenio de hombres que mucho sabian, todos los otros eran por la arte é gran sabiduría de Apolidon, tan extrañamente labrados, que persona del mundo no sería bastante de lo saber ni poder estimar, ni menos entender su gran soti-leza. E porque gran trabajo sería contarlo todo por menudo, solamente se dirá cómo esta torre estaba asentada en medio de una huerta, era cercada de alto muro de muy fermoso canto y betun, la mas fermosa de árboles é otras yerbas de todas naturas, y fuentes de aguas muy dulces, que nunca se vió; muchos árboles habia que todo el año tenían fruta, otros que tenían flores fermosas. Esta huerta tenia por de dentro pegado al muro unos portales ricos, cerrados todos con redes doradas, desde donde aquella verdura se parecía; é por ellos se andaba todo alrededor sin que salir podiesen dellos sino por algunas puertas; el suelo era solado de piedras blancas como el cristal, é otras coloradas é claras como rubíes, é de otras diversas maneras, las cuales Apolidon mandara traer de unas ínsolas que son á la parte de oriente, donde se crian las piedras preciosas, y se falla en ellas mucho oro é otras cosas extrañas é diversas de las que acá en las otras tierras parecen, las cuales cria el gran hervor del sol, que allí continuo fiere; pero no son pobladas, salvo de bestias fieras, de guisa que fasta aquel tiempo deste gran sabidor Apolidon, que con su ingenio fizo tales artificios en que sus hombres, sin temor de se perder, podieron á ellas pasar, donde los otros comarcanos tomaron aviso, ninguno antes á ellas habia pasado; así que, desde entonces se pobló el mundo de muchas cosas de las que fasta allí no se habian visto, y de allí hobo Apolidon grandes riquezas.

A las cuatro partes desta torre venian de una alta sierra cuatro fuentes que la cercaban, traídas por caños de metal, y el agua dellas salia tan alta por unos pilares de cobre dorados é por bocas de animalías, que desde las ventanas primeras bien podian tomar el agua, que se recogia en unas pilas redondas doradas, que engastadas en los mismos pilares estaban; destas cua-

tro fuentes se regaba toda la huerta. Pues en esta torre que ois fué aposentada la princesa Oriana é aquellas señoras que oistes, cada una en su aposentamiento así como lo merecía, é la infanta Mabilia gelos mandó repartir. Aquí eran servidas de dueñas y doncellas, de todas las cosas abastadamente que Amadís les mandara dar; é ningun caballero en la huerta ni donde ellas pasaban entraba; que así le plogo á Oriana que se ficiese, é así lo envió á rogar á aquellos señores todos que lo toviesen por bien, por cuanto ella queria estar como en órden fasta que con el Rey su padre algun asiento de concordia é paz se tomase. Todos gelo tovieron á mucha virtud, é loaron su buen propósito, y le enviaron á decir que así en aquello como en todo lo otro que su servicio fuese no habian de seguir sino su voluntad.

Amadís, como quiera que su cuitado corazón á una parte ni á otra fallase asiento ni reparo, sino cuando en la presencia de su señora se hallaba, porque aquel era todo el fin de su descanso, é sin él las grandes penas é mortales deseos continuo le atormentaban, como muchas veces en esta grande historia habeis oído; queriendo mas el contentamiento della, é temiendo mas el menoscabo de su honra que cien mill veces su muerte dél, mas que ninguno mostró contentamiento é placer de aquello que aquella señora por bueno é honesto tenia, tomando por remedio de sus pasiones é cuidados tenerla ya en su poder en tal parte donde al restante del mundo no temia, é donde antes que la perdiese perderia su vida, en que cesarian y serian resfriadas aquellas grandes llamas que á su triste corazón continuamente abrasaban. Todos aquellos señores é caballeros, é la otra gente mas baja fueron aposentados á sus guisas en aquellos logares de la ínsola que mas á sus condiciones é calidades conformes eran, donde muy abastadamente se les daban las cosas necesarias á la buena é sabrosa vida; que aunque Amadís siempre andovo como un caballero pobre, halló en aquella ínsola grandes tesoros de la renta della, é otras muchas joyas de gran valor, que la Reina su madre é otras grandes señoras le habian dado, que por las no haber menester fueron allí enviadas; y demás desto, todos los vecinos é moradores de la ínsola, que muy ricos é muy honrados eran, habian á muy buena dicha de le servir con grandes provisiones de pan é carnes é vinos, é las otras cosas que darle podian. Pues así como ois fué traída la princesa Oriana á la ínsola Firme con aquellas señoras, é aposentada, é todos los caballeros que en su servicio é socorro estaban.

CAPITULO IV.

Cómo Amadís fizo juntar aquellos señores, y el razonamiento que les fizo, é lo que sobre ello acordaron.

Amadís, como quiera que gran esfuerzo mostrase, como lo él tenia, mucho pensaba en la salida que deste gran negocio podia ocurrir, como aquel sobre quien todo cargaba, aunque allí estoviesen muchos príncipes é grandes señores é caballeros de alta guisa, é tenia ya su vida condenada á muerte ó salir con aquella gran empresa que á su honra amenazaba y en gran cuidado

ponia; é cuando todos dormian él velaba, pensando en el remedio que poner se debía; é con este cuidado, con acuerdo é consejo de don Cuadragante é de su primo Agrájes, fizo llamar á todos aquellos señores que en la posada de don Cuadragante se juntasen en una gran sala que en ella habia, que de las mas ricas de toda la ínsola era. Y allí venidos todos, que ninguno faltó, Amadís se levantó en pié, teniendo por la mano al maestro Elisabat, á quien él siempre mucha honra facia, é fablóles en esta guisa: «Nobles príncipes é caballeros, yo os fice aquí juntar por traer á vuestras memorias cómo por todas las partes del mundo donde vuestra fama corre se sabe los grandes linajes y estados de donde vosotros venis, é que cada uno de vos en sus tierras podia vivir con muchos vicios é placeres, teniendo muchos servidores, con otros grandes aparejos que para recreacion de la vida viciosa é folgada se suelen procurar é tener, allegando riquezas á riquezas; pero vosotros considerando haber tan gran diferencia en el seguir de las armas ó en los vicios, y ganar los bienes temporales, como es entre el juicio de los hombres é las animalías brutas, habeis desechado aquello que muchos codician é tras que muchos se pierden, queriendo pasar grandes fortunas por dejar fama loada, siguiendo este oficio militar de las armas, que desde el comienzo del mundo fasta este nuestro tiempo ninguna buena ventura de las terrenales al vencimiento é gloria suya se pudo ni puede igualar, por donde fasta aquí otros intereses ni señoríos habeis cobrado, sino poner vuestras personas llenas de muchas heridas en grandes trabajos peligrosos, fasta las llegar mill veces al punto y estrecho de la muerte, esperando é deseando mas la gloria é fama que otra alguna ganancia que dello venir podiese, en galardón de lo cual, si lo conocer queréis, la próspera é favorable fortuna vuestra ha querido traer á vuestras manos una tan gran vitoria como al presente teneis; y esto no lo digo por el vencimiento fecho á los romanos, que, segun la diferencia de vuestra virtud á la suya, no se debe tener en mucho, mas por ser por vosotros socorrida é remediada esta tan alta princesa, é de tanta bondad, que no recibiese el mayor desaguisado é tuerto que há grandes tiempos que persona de tan gran guisa rescibió, por causa de lo cual, demás de haber mucho acrecentado en vuestras famas, habeis hecho gran servicio á Dios, usando de aquello para que nacistes, que es socorrer á los corridos, quitando los agravios é fuerzas que les son hechas; é lo que en mas se debe tener é mas contentamiento nos debe dar, es haber descontentado é enojado á dos tan altos é poderosos príncipes como es el emperador de Roma y el rey Lisuarte, con los cuales, si á la justicia é razon llegar no se quisieren, nos converná tener grandes debates é guerras.

«Pues de aquí, nobles señores, ¿qué se puede esperar? Por cierto otra cosa no, salvo como aquellos que la razon y verdad mantienen en mengua y menoscabo suyo, de los que la desechan y menosprecian ganar nosotros muy grandes vitorias, que por todo el mundo suenen; é si de su grandeza algo se puede temer, pues no estamos tan despojados de otros muchos é grandes señores, parientes é amigos, que ligeramente no poda-

mos henchir estos campos de caballeros é gentes en tan gran número, que ningunos contrarios, por muchos que sean, puedan ver con una jornada la insola Firme. Así que, buenos señores, sobre esto cada uno diga su parecer, no de lo que quiere, que mucho mejor que yo conoscéis é queréis la virtud é á lo que sois obligados, mas de lo que para sostener esto é lo llevar adelante con aquel esfuerzo é discrecion se debe hacer.»

Con mucha voluntad aquella graciosa y esforzada habla que por Amadís se fizo de todos aquellos señores oída fué, los cuales considerando haber entre ellos tantos que muy bien segun su gran discrecion y esfuerzo responder sabrían, por una pieza estovieron callados convidándose los unos á los otros que fablasen. Entonces don Cuadragante dijo: «Mis señores, si por bien lo hobiédes, pues que todos calláis, diré lo que mi juicio á conocer é responder me da.» Agrájes le dijo: «Señor don Cuadragante, todos os lo rogan que así lo hagais, porque, segun quien vos sois é las grandes cosas que por vos han pasado, é con tanta honra al fin dellas llegastes, á vos mas que á ninguno de nosotros conviene la respuesta. Don Cuadragante le agradeció la honra que le daba, é dijo contra Amadís: «Noble caballero, vuestra gran discrecion é buen comedimiento ha tanto contentado nuestras voluntades, é así habeis dicho lo que hacer se debe, que haber de responder replicando á toda seria cosa de gran prolijidad y enojo á quien lo oyese; é solamente será por mi dicho lo que al presente remediar se debe, lo cual es, que pues vuestra voluntad en lo pasado no ha sido proseguir pasión ni enemistad, sino solamente por servir á Dios é guardar lo que como caballero teneis jurado, que es quitar las fuerzas, especialmente de las dueñas é doncellas que fuerza ni reparo tienen sino de Dios é vuestro, que sea esto por vuestros mensajeros manifestado al rey Lisuarte, y de vuestra parte sea requerido haya conocimiento del yerro pasado, é se ponga en justicia é razon con esta princesa, su hija, desatando la gran fuerza que por él se le face, dando tales seguridades que con mucha causa y certenidad de no ser vuestras honras menoscabadas, gela podamos é debamos restituir; é de lo que dél á nosotros toca no se le facer mencion alguna, porque esto acabado, si acabar se puede, yo fio tanto en vuestra virtud é esfuerzo grande que aun él nos demandará la paz, é se terná por muy contento si por vos le fuere otorgada; y entre tanto que la embajada va, por cuanto no sabemos cómo las cosas sucederán, quien demandar nos quisiere nos halle, no como caballeros andantes, mas como príncipes é grandes señores, sería bien que nuestros amigos é parientes, que muchos son, por nosotros sean requeridos, para que cuando llamar se convenga, puedan venir á tiempo que su trabajo haya aquel efeto que debe.»

CAPITULO V.

Cómo todos los caballeros fueron muy contentos de todo lo que don Cuadragante propuso.

De la respuesta de don Cuadragante fueron muy contentos aquellos caballeros, porque á su parescer no fínchaba nada por decir. E luego fué acordado que Ama-

dis lo ficiése saber al rey Perion, su padre, pidiéndole toda ayuda é favor, así dél é de los suyos como de los otros que sus amigos y servidores fuesen, para cuando llamado fuese. Asimismo enviase á todos los otros que él sabia que le podrian é querrian acudir, que muchos eran, por los cuales grandes cosas en su honra é provecho hiciera, con gran peligro de su persona; é que Agrájes enviase ó fuese al rey de Escocia su padre á lo semejante; é don Bruneo enviase al Marqués, su padre, é á Branfil, su hermano, que con gran diligencia aparejase toda la mas gente que haber podiese, é no partiese de allí fasta saber su mandado; é que así lo hiciesen todos los otros caballeros que allí estaban, que estados é amigos tenían. Don Cuadragante dijo que enviaria á Landin, su sobrino, á la reina de Irlanda, é que creia que si el rey Cildadan, su marido, acudiria al rey Lisuarte con el número de la gente que le era obligado, que ella daria lugar á todos los de su reino que le quisiesen venir á servir, é que así de aquellos de sus vasallos é otros amigos suyos se llegaría buen provecho. Esto así acordado, rugaron á Agrájes é á don Florestan que lo hiciesen saber á la princesa Oriana, porque sobre todo mandase lo que mas su servicio fuese; é así, se salieron todos juntos del ajuntamiento con mucho esfuerzo, especial los que eran de mas baja condicion, que en alguna manera tenían este negocio por muy grave, temiendo la salida dél mas que lo mostraban; é como agora veian el gran cuidado é proveimiento de los grandes, é por razon dello gran socorro se esperase, crecía el esfuerzo é perdian todo temor; é llegando á la puerta del castillo, por aquella que toda la insola se mandaba, vieron por la cuesta subir un caballero armado en su caballo, é cinco escuderos con él, que las armas le traian é otros atavíos de su persona. Todos estovieron quedos fasta saber quién seria, é como de mas cerca lo vieron, conocieron que era don Brian de Monjaste, de que muy gran placer se les siguió, porque de todos era amado é tenido por buen caballero, é por cierto tal era, que dejando aparte ser de tan alto lugar, como hijo de Ladasan, rey de España, él por su persona en discrecion y esfuerzo era tenido en todas partes donde le conocian en gran reputacion; é demás desto, era el caballero del mundo que mas á sus amigos amase, é nunca con ellos estaba sino en burlas de placer, como aquel que muy discreto y de linda crianza era; é así ellos lo amaban é holgaban mucho con él. E todos juntos decendieron por la cuesta ayuso á pié como estaban, y él cuando los vió mucho fué maravillado, é no pudo pensar que ventura los ficiera juntar, aunque algo le habian dicho despues que de la mar salió en aquella tierra; é apeóse del caballo, é fué contra ellos, los brazos tendidos, é dijo: «Juntos vos quiero abrazar, que á todos tengo por uno.»

Entonces llegaron los que adelante iban, é tras ellos Amadís; y cuando don Brian lo vido, si hobo dello gran placer, esto no es de contar; porque, demás del gran deudo que con él tenia, como ser hijos de dos hermanos, que la madre deste don Brian, mujer del rey de España, era hermana del rey Perion, era el caballero del mundo que mas amaba, é díjole riendo:

«¿Aquí sois vos? pues en vuestra busca venia yo, que aunque todas las aventuras nos faltasen, terníamos harto que hacer en vos buscar, segun vos escondéis.» Amadís le abrazó é díjole: «Decid lo que quisiédes, que venido sois en parte donde presto tomaré la emienda, y estos señores os mandan que subais en vuestro caballo y os metais en esta insola donde una prision está aparejada para los semejantes que vos.» Entonces llegaron todos los otros á lo abrazar, é aunque contra su voluntad, le hicieron subir en su caballo, y ellos á pié se fueron con él por la cuesta arriba hasta que llegaron á la posada de Amadís, donde descabalgó; é sus primos Agrájes é don Florestan lo desarmaron é le mandaron traer un manto de escarlata que se cobriese; é como desarmado fué, y en derredor de sí vió tantos é tan nobles caballeros de quien sus bondades é proezas sabia, díjoles: «Compañía de tantos buenos no pudo sin gran misterio é causa ser aquí allegada; decidme, señores, que mucho lo deseo saber, porque algo he oido despues que en esta tierra entré.» Todos rugaron á Agrájes que por él la relacion le fuese hecha, el cual como aquel que en todo lo pasado presente habia sido, é así en ello y en lo porvenir gran gana toviere de lo acrecentar é favorecer, gelo dijo todo así como la historia lo ha contado, culpando al rey Lisuarte, é loando é aprobando con gran aficion lo que aquellos caballeros habian hecho é querian adelante hacer. Cuando Brian de Monjaste esto oyó en mucho lo tovo, como persona de gran discrecion, que antes á la salida que á la entrada mira; é si por hacer estoviera, no sabiendo el secreto de los amores de Amadís, podiera ser que su consejo fuera al contrario, é á lo menos que por otras vias mas honestas se templara el negocio, sin venir en tanto rigor como al presente estaba, que, segun el conocimiento él tenia del rey Lisuarte en ser tan sospechoso é guardador de su honra, é la injuria fuese tan crecida, bien consideró que así tan crecida se habia de buscar la venganza; pero viendo la cosa ser llegada en tal estado que mas ayuda que consejo se requeria, especial siendo el cabo dello Amadís, con mucha aficion aprobó lo hecho, loando la gran virtud que con Oriana habian usado, haciéndoles cierta su persona con la mas gente de su padre que él haber podiese para lo sostener; é díjoles que queria ver la princesa Oriana porque dél sopiese cómo enteramente habia de seguir su servicio. Amadís le dijo: «Señor primo, vos venis de camino, y estos señores no han comido, y en tanto que vuestra venida se les envia decir reposad é comed, é á la tarde se podrá mejor hacer.»

Don Brian lo tovo por bueno, é con esto aquellos señores dél despedidos, se fueron á sus posadas; é la tarde venida, Agrájes é don Florestan, que señalados por aquellos estaban para hablar con Oriana, como dicho es, tomaron consigo á don Brian, é todos tres se fueron, ricamente vestidos, adonde Oriana estaba, é halláronla que los esperaba en el aposentamiento de la reina Sardamira, acompañada de todas aquellas señoras que habeis oido é la historia os ha recontado. Pues llegados allí, don Brian se fué á Oriana é fincó los hijos por le besar las manos, mas tirólas ella á sí, é

no gelas quiso dar; antes le abrazó é lo recibió con mucha cortesía, así como en aquella que toda la nobleza del mundo se hallaba, é díjole: «Mi señor don Brian, vos seais muy bien venido, que aunque, segun vuestra nobleza é virtud, en cualquier tiempo ser muy bien recibido merecia, en este presente mucho mas lo debe ser, é porque tengo creído que aquellos nobles caballeros amigos vuestros os habrán fecho relacion de todo lo pasado, remitiéndome á ellos, será excusado decir yo ninguna cosa, ni tampoco traeros á la memoria lo que en ello hacer debeis; porque, segun lo habeis usado é acostumbrado, mas para dar consejo que para lo pedir basta vuestra discrecion. Don Brian le dijo: «Mi señora, la causa de mi venida ha sido, como há mucho tiempo que me partiese de la batalla que el Rey vuestro padre hobo con los siete reyes de las insolas, y en España me fuese á mi padre, estando en una cuestion que él tenia con los africanos, supe cómo mi primo é señor Amadís era ido en tierras extrañas, donde dél ningunas nuevas se sabian; é como este sea la flor y espejo de todo mi linaje, é aquel á quien yo mas precio y amor tenga, tanto dolor me puso su ausencia en mi corazon, que trabajé como en aquel debate algun asiento se diese por me poner en demanda de lo buscar; y considerando que en esta insola suya antes que en otra alguna parte podria algunas nuevas hallar de mi primo, fui por aquí donde mi buena dicha é ventura me guió, así por lo haber fallado como ser venido en tiempo que el deseo que siempre tove de os servir por obra pueda parecer; é como, Señora, habeis dicho, ya sé lo que ha pasado, é aun pienso algo de lo que dello puede redundar, segun la dura condicion del Rey vuestro padre; é como quiera que venga é la ventura lo guiare, é á mi persona podiere haber, está con toda voluntad ofrecida é aparejada al remedio della.» Oriana le rindió muchas gracias por ello.

CAPITULO VI.

Cómo todos los caballeros tenian mucha gana del servicio é honra de la princesa Oriana.

Gran razon es que se sepa é no quede en olvido por qué causa estos caballeros é otros muchos que adelante se dirán con tanto amor é voluntad deseaban el servicio desta señora, poniéndose en el extremo de las afrentas como con tan altos príncipes puestos estaban. ¿Seria por ventura por las mercedes que della habian recibido, ó porque sabian el secreto é cabo de los amores della é Amadís, é por causa suya á ello se disponian? Por cierto digo que ni lo uno ni lo otro fizo á ello mover sus voluntades, porque, como quiera que ella fuese de tan alto estado, el tiempo no le habia dado lugar que á ninguno podiese hacer mercedes; pues otra cosa no poseia mas que una pobre doncella. Pues en lo que á sus amores é de Amadís toca, ya la grande historia, si leído la habeis, os da testimonio del secreto dellos; pues por alguna causa será. ¿Sabéis cuál? Porque esta princesa siempre fué la mas mansa é de mejor crianza é cortesía, é sobre todo, la templada homildad que en su tiempo se halló, teniendo memoria de honrar é bien tratar á cada uno, segun

lo merecia; que este es un lazo é una red en que los grandes que así lo hacen prenden muchos de los que poco cargo tienen de su servicio, como cada dia lo vemos, que sin otro interés alguno, de sus bocas son loados, de sus voluntades muy amados, obligados á los servir, como estos señores hacian aquella noble princesa.

Pues ¿qué se dirá aquí de los grandes, que mucha esquivaza é demasiada presuncion tienen con aquellos que la no debian tener? Yo os lo diré: Que queriéndose con los menores poner en respuestas desabridas, con gestos sañudos, teniendo en poco sus cortesías é profertas, son en menos tenidos, menos acatados, maltrados de sus lenguas, deseando que algun revés les viniese para los deservir y enojarse. ¡Oh yerro tan grande! E ¿qué poco conocimiento por merced tan pequeña como dar la habla graciosa, el gesto amoroso, que tan poco cuesta, perder de ser queridos, amados é servidos de aquellos á quien nunca merced ni bien hicieron? ¿Quereis saber lo que muchas veces á estos desdeñosos despreciadores acaece? Yo os lo diré. Que como aquellos que lo suyo despiden é gastan, no mirando logares ni tiempos, dándolo donde no deben, son tenidos, en lugar de francos é liberales, por torpes é por indiscretos; así estos por el semejante, dejando de honrar á aquellos que por virtud les seria reputado, homíllanse é sojúzganse á otros mayores, ó por ventura sus iguales, que mas por servicio é poco esfuerzo que por virtud es tenido.

Pues al propósito tornando, acabada la habla de Brian de Monjaste, y hecha reverencia á la reina Saramira, é aquellas infantas con Grasinda, Agrájes é don Florestan llegaron á Oriana, é con mucho acatamiento todo lo que aquellos caballeros les encomendaron le dijeron; lo cual habiendo por buen acuerdo, les remitió é dejó el cargo de lo que hacer se debía, pues el auto y efecto dello mas de caballeros que de doncellas era; enviándoles mucho á rogar que siempre tovesen en la memoria, cumpliendo con sus honras, de querer é allegar la paz con el Rey su padre, por lo que á ella é á su fama tocaba. Esto fecho, Oriana, dejando á don Florestan é á Brian de Monjaste con la reina Saramira é aquellas señoras, tomó por la mano á Agrájes, é con él á una parte de la sala se fué á asentar é así le dijo: «Mi buen señor é verdadero hermano Agrájes, aunque la fucia y esperanza que en vuestro primo Amadís y en aquellos nobles caballeros que yo tengo sea muy grande, que con todo cuidado é gran diligencia, mirando por sus honras, complirán muy enteramente con lo que á mí toca, muy mayor la tengo en vos, como sea cierto haberme criado mucho tiempo en la casa del Rey vuestro padre, donde así dél como de la Reina vuestra madre rescebí muchas honras é placeres; é sobre todo, haberme dado á la infanta Mabilia, vuestra hermana, de lo cual puedo bien decir que si Dios nuestro señor me dió el primero ser de la vida, así, despues dél, esta me la ha dado muchas veces; que si por su gran discrecion é consuelos no fuese, segun mis dolencias, é sobre todo, la mi contraria fortuna, que despues que los romanos en casa de mi padre vinieron me ha fatigado, si sus remedios me faltaran,

imposible fuera poder sostener la vida; é así por esto como por otras causas muchas que decir podria, á que si Dios lugar me diese para lo satisfacer, soy tan obligada; é creyendo que así como en mis entrañas lo tengo, conoceis que, venido el tiempo, por obra lo ponía, como dicho tengo, me da causa á que los secretos de mi apasionado corazon antes á vos que á otro ninguno se digan, é así lo haré, que lo que á todos será encubierto, á vos solo manifesto será; é por el presente solamente os encargo con la mayor aficion que yo puedo, que dejando aparte la saña é sentimiento que de mi padre tengais, se ponga toda la paz é concordia por vuestra mano é consejo entr'él é vuestro primo Amadís, porque, segun su grandeza de corazon, é la enemistad de tanto tiempo acá tan endurecida, no dudo sino que ninguna razon que se atravesie de buen amor le pueda satisfacer; é si por vos, mi verdadero hermano é amigo, en esto algun remedio se puede poner, no solamente muchos de grandes mercedes serán quitados y reparados, mas mi honra é fama, que por ventura en muchas partes está en disputa, será aclarada con aquel remedio que á su honestidad se conviene.»

Oido esto por Agrájes, con mucha cortesía é humildad así respondió: «Con mucha razon se puede é debe otorgar todo lo que por vos, Señora, se ha dicho, é segun lo que del Rey mi padre é mi madre conoceis, su deseo es en cuanto podiesen ayudar á crecer vuestra honra é gran estado, como ahora por obra parecerá; pues de mi hermana Mabilia é de mí no será menester decirlo, que las obras dan testimonio de muy enteramente querer é desear vuestro servicio. E viniendo á lo que me manda, digo que verdad es, Señora, que mas que otro ninguno soy en mas descontentamiento del Rey vuestro padre, que, así como soy testigo de los grandes é señalados servicios que Amadís, mi primo, é todo su linaje le hecimos, como á todo el mundo notorio es, así lo soy del gran desconocimiento é desagradecimiento suyo; que por nosotros nunca merced le fué pedida, si no fué la ínsola de Mongaza para mi tio don Galvanes, la cual fué ganada á la mas honra de su corte y al mayor peligro de la vida de quien la ganó, que pensar ni decir se podria, así como vos, mi buena señora, por vuestros ojos vistes; é que no bastásemos todos, ni la bondad é gran merecimiento de mi tio, para que alcanzar se pudiese una tan pequeña cosa, quedando en su vasallaje é señorío; antes sacudirse de nosotros, desechando nuestra suplicacion con tanta descortesía como si de servidores que éramos le fuéramos enemigos. E por esto negar no puedo que en cuanto en mí fuese no habria gran placer de ayudar á que él en tal estrecho é necesidad fuese puesto, que arrepintiéndose de lo fecho, diese á todo el mundo á conocer la gran pérdida que en nosotros fizo, sabiéndose la honra que nuestros servicios le daban; pero así como negando é apremiando hombre su voluntad gana ante Dios mas mérito, faciéndolo en su servicio, así yo, Señora, cumpliendo con el vuestro, quiero negar é forzar mi saña, porque en esto, que tan grave me es, pueda conocer en las otras cosas que tanto obligado me tiene para la servir; pero esto será con mucha templanza, porque

como yo sea entre estos señores tenido por muy principal acrecentador de vuestra honra, seria gran causa de poner flaqueza en muchos dellos si en mí la sintiesen.—Así lo pido yo, mi buen amigo, dijo Oriana; que bien conozco, segun la calidad de lo pasado é con quien este gran debate es, que no solamente es menester del fuerte esfuerzo hacer flaco, mas del muy flaco con mucho cuidado hacer fuerte; y porque muy mejor que yo lo sabria pedir, sabréis vos lo que conviene, y en qué tiempo os puede aprovechar ó dañar; yo os lo remito con aquel verdadero amor que entre nosotros está.»

Así acabaron su habla y se tornaron adonde aquellas señoras é caballeros estaban. Agrájes no podia partir los ojos de su señora Olinda, como aquella que dél con mucha aficion era muy amada, lo cual así se debe creer, pues que por su causa mereció pasar por el arco encantado de los leales amadores, así como el segundo libro desta historia lo ha contado. Mas como él fuese de noble sangre é crianza, que los tales no con mucha premia son obligados, desechando la pasion é aficion á seguir la virtud; é sabiendo la vida honesta que á Oriana le placia tener, determinado estaba de sojúzgar su voluntad, aunque en ello mucha graveza sintiese, fasta ver en qué los negocios comenzados paraban. Así estovieron una pieza hablando en muchas cosas, é aquellos caballeros, como muy esforzados, esforzando su partido, quitándoles el temor que las mujeres en autos tan extraños para ellas como aquel en que estaban suelen tener; pues despedidos della, é dada la respuesta de Oriana, aquellos que á ella les habian enviado, con mucha diligencia comenzaron á poner en obra lo que acordado habian, é despachar los embajadores que al rey Lisuarte fuesen; lo cual fué encomendado por todos á don Cuadragante é don Brian de Monjaste, que eran tales que á tal embajada convenian.

CAPITULO VII.

Cómo Amadís habló con Grasinda, é lo que ella respondió.

Amadís se fué á la posada de Grasinda, que él mucho amaba é preciaba, así por quien ella era, como por las muchas honras que habia recebido, é no pensaba que pagadas fuesen, aunque por ella habia hecho lo que la historia ha contado, considerando haber muy gran diferencia entre los que por su virtud hacen las proezas, no habiendo mucho conocimiento de aquellos que las reciben, ó los que, despues de recibidas, las satisfacen é pagan; porque lo primero es de corazon generoso, é lo segundo, como quiera que sea buen conocimiento é gradecimiento, pero es deuda conocida que se paga. Y sentado con ella en un estrado, así le dijo: «Mi señora, si así como yo deseo é querria por mí no se os face el servicio é placer que vuestra virtud merece, séame perdonado, porque el tiempo que veis es la culpa dello; é porque vuestra noble condicion así lo juzgará, dejando esto aparte, acordé de os hablar é pedir por merced me digais el cabo de vuestro querer é voluntad, porque há mucho tiempo que de vuestra tierra salistes, é no sé si en ello vuestro ánimo recibe alguna congoja, porque sabido, se ponga vuestro mando en ejecucion.»

Grasinda le dijo: «Mi señor, si no toviere creído que de vuestra compañía é amistad no se me haya seguido la mayor honra que de ninguna cosa me podria venir, é ser pagado é satisfecho todo el servicio é placer que en mi casa vos ficieron, si alguno fué que contentamiento os diese, seria de juzgar por la persona del peor conocimiento del mundo; é porque esto es muy cierto é sabido por todos, quiero, mi señor, que mi voluntad entera, así como la tengo os sea manifiesta; yo veo que aunque aquí son juntos tantos príncipes é caballeros de gran valor á este socorro de esta princesa, que vos, mi buen señor, sois aquel á quien todos miran é catan. De manera que en vuestro seso y esfuerzo está toda la esperanza é buena ventura que se esperan, é segun vuestro gran corazon é poder, no podeis excusaros de no tomar el cargo de todo enteramente, porque á ninguno así justo ni debido como á vos viene, donde será forzado que vuestros amigos é valedores acudan é ayuden de sostener vuestra honra é gran estado; é porque yo en la voluntad principalmente por uno dellos me tengo, quiero que así en la obra parezca mi deseo; é tengo acordado que el maestro Elisabat se vaya á mi tierra, é con mucho cuidado todos mis vasallos é amigos con una gran flota tenga apercebidos é aparejados para cuando menester fuere, que vengan, Señor, á serviros en lo que les mandádes; y entre tanto quedaré yo en compañía é servicio desta señora con las otras que consigo tiene, y della ni de vos no me partiré hasta que el cabo deste negocio me diga lo que hacer debo.»

Cuando Amadís esto le oyó abrazóla riendo é dijo: «Yo creo que si toda la virtud é nobleza que en el mundo hay se perdiese, que en vos, mi buena señora, se podria cobrar; é pues así os place, así se haga; es menester que por servicio vuestro é ruego mio el maestro Elisabat, aunque en ello fatiga reciba, vaya al emperador de Constantinopla con mi mandado, que segun la graciosa proferta por él me fué dada, y el mal contentamiento que muchos mediaron cuando á aquellas partes fui que del emperador de Roma tiene, é sabiendo que la quision principalmente con él es, por dicho me tengo que usando de su gran virtud acostumbrada, me mandará ayudar como si mucho servido le hobiese.» Grasinda dijo que lo tenia por buen acuerdo, é que el maestro, segun la gran aficion le tenia, que excusado era su mandamiento para lo que su servicio fuese, é que éste tal camino con mensaje de tal persona mas por honra é descanso lo ternia que por trabajo. Amadís le dijo: «Mi señora, pues vuestra voluntad es de quedar con esta señora, razon será que así como las otras infantas é grandes señoras, como vos sois, están cabe ella y en su aposentamiento, así vos lo estéis, é della recibais aquella honra é cortesía que vuestra gran virtud merece.» E luego mandó llamar á su amo don Gandáles y le rogó que fuese á Oriana é le dijese la gran voluntad que aquella señora á su servicio tenia, é cómo lo ponía por obra; é le suplicase de su parte la tomase consigo, é le ficiese aquella honra que á las mas principales de aquellas hacia, lo cual así fué fecho, que Oriana la recibió con aquel amor é voluntad que acostumbraba de acoger é recibir las tales personas; pero